

acto de heroísmo. Sólo Eckermann, admirador servil y apasionado, juzgó como heroica aquella medida de precaución dictada por una prudencia forzada. Con una moderación motivada así, puede siempre encadenarse esta inclinación interior de la voluntad, inclinación condenable, de la cual dijo el más manso de los Maestros: «Yo os digo que todo aquel que pusiere los ojos en una mujer para codiciarla, ya cometió adulterio en su corazón con ella». <sup>(1)</sup>

Vemos por esto que la doctrina del Cristianismo, doctrina que se pretende que es puramente exterior, penetra con seriedad pasmosa en lo más íntimo del alma y de la voluntad, y que exige del hombre una verdad y una profundidad de moralidad, con la cual es difícil armonizar las lijerezas de esta vida. Pero nos ofrece en compensación grandes consuelos. En los diferentes casos en que tan superficial é injustamente juzga el mundo al hombre por sus éxitos, en los casos en que juzga á la voluntad por sus actos, la moral cristiana considera la obra en su justo valor, aun cuando no rodeen al acto circunstancias exteriores que le hagan juzgar favorablemente:

«Sin voluntad mis obras voy haciendo;  
Buenas no pueden ser; de obra y palabra,  
La buena voluntad la gloria labra,  
De premios gran tesoro mereciendo». <sup>(2)</sup>

**5. La inteligencia es su guía.**—Mas ante todo, trátase de poner en claro cómo se hace buena y digna de recompensa la voluntad.

Según lo dicho anteriormente, podemos ya darnos cuenta de que no es posible hablar de voluntad libre sin conocimiento, ni concebir una acción libre imputable que no haya sido ejecutada conscientemente. Podía creer realmente Sócrates lo que enseñaba él, y poner en duda, como dice Aristóteles, lo que es evidente, <sup>(3)</sup> al pretender que

(1) San Mateo, V, 28.

(2) Boner, *Edelstein*, 49, 35 y sig.

(3) *Ethic.*, 7, 2, (3), 2.

no tiene necesidad el hombre sino de una cosa; saber lo que debe hacer; en cuanto á la voluntad de ejecutarlo, viene por sí misma. Con facilidad podemos figurarnos que hable así una naturaleza noble en la que se hallen en perfecta armonía el querer y el saber, pensando de otros lo que halla en sí misma. En su honor cede esa manera de proceder, al mismo tiempo que tiende molesta claridad sobre el conocimiento que de la humanidad tiene este hombre. Pero será muy difícil convencernos de que todo el mundo puede creer seriamente que importa poco el conocimiento, con tal que quiera el hombre sólo lo que es justo. «No hay que dudar, dice Kant, la religión moral no es una convicción de la inteligencia; es la vida moral; se desvía de las cosas supra-sensibles nuestra inteligencia con la indiferencia más grande, del mismo modo que de las cosas inútiles; la inteligencia no forma el corazón; es todo lo contrario; da leyes el corazón á la inteligencia». <sup>(1)</sup>

Todo lo trastorna Schopenhauer, según costumbre; no da valor sino á la voluntad, y además, á la voluntad sin la idea, á la voluntad sin la razón, que considera como fundamento de todo acto y de todo efecto: son frases que no merecen refutación.

Según esto, no hay más que una cosa que sea verdadera, una cosa que conocieron ya los tiempos antiguos, y que pueden todos probar en sí mismos; y es que hasta la voluntad influye en alguna manera sobre la inteligencia. Hemos hecho notar ya que con frecuencia dependen mucho más del corazón que de la inteligencia el conocimiento de la verdad y la aceptación de la fe; insistiremos más aún en esta idea. Sin embargo, hay que tener cuidado de no tomarlo en el sentido de que dé inteligencia el corazón. ¡No! sino en el sentido de que proviene ordinariamente de un corazón corrompido el único obstáculo serio que encuentra en su camino la inteligencia, y que puede impedirle la aceptación de las enseñanzas de la fe. Dispuestas así las

(1) K. Fischer, *Gesch. der neuern Philosophie*, III, 234 y sig.; IV, 178 y sig.



cosas, la inteligencia reconocerá con facilidad y con certidumbre la verdad donde quiera que se encuentre; y aunque esto depende de una buena voluntad y de un corazón puro, toca á la inteligencia conservar todos sus derechos.

Para exagerar estos principios escesivamente, como lo ha hecho la nueva filosofía, sobre todo después de Schleiermacher, y para pretender que no es propia de la inteligencia, sino sólo del sentimiento, la comprensión de las verdades religiosas en particular, necesitase una ignorancia sin límites en lo relativo á la vida interior, ó estar poseído del achacoso deseo de innovar, y de aparecer como en oposición con lo que ha creído y ha hallado confirmado por la experiencia de todos los días la humanidad toda entera.

*Ignoti nulla cupido*, dice el antiguo adagio; en español se ha traducido con estas sencillas palabras: «lo que ojos no ven, corazón no quiebra». No son prueba de gran erudición estas palabras, pero tienen un sentido profundo, y encierran una innegable verdad. ¿Cómo puede desearse algo, aplicando á ello todas las energías, si ese algo no se conoce? Se lo puede conocer, y no amarlo ni hacerlo; pero preguntamos si puede amarse ni hacerse una cosa que no se conoce. <sup>(1)</sup> La voluntad busca el bien, y se apodera de él donde lo encuentra; <sup>(2)</sup> pero no le es conveniente toda especie de bien, sólo le conviene el bien proporcionado á su fin, el verdadero bien. <sup>(3)</sup> Por eso no se mueve la verdadera actividad de la voluntad, sino por el verdadero bien, por el bien que le es proporcionado. <sup>(4)</sup> Pero siempre la precede la actividad de la inteligencia, y la hace obrar. <sup>(5)</sup>

Es, pues, de trascendental importancia que haya armonía entre estas dos facultades. Si presenta la inteligencia á la voluntad como bueno lo que no lo es, hará ésta el mal; más recaerá la culpabilidad sobre la primera. Si hace la inteligencia lo que está de su parte, y á pesar de todo,

(1) S. Agustín, *Trinit.*, 8, 4, 6, Conf. 10, 11; 2, 4.

(2) Sto. Tomás, 1, 2, q. 8, a. 1; q. 9, a. 9.

(3) *Id.*, *De malo*, q. 6.

(4) *Id.*, *Cont. Gent.*, 1, 72; 3, 73, 88.

(5) *Id.*, 1, q. 82, a. 4; *De malo*, q. 6, a.

rehusa la voluntad cumplir el deber conocido como deber, ella asume toda la responsabilidad del pecado. Es locura querer y obrar sin inteligencia, locura que merece castigo. «Conocer el bien y aprobarlo, mas no hacerlo, es ser doblemente culpable». <sup>(1)</sup> Por el conocimiento sabemos claramente cómo debemos obrar y á dónde debemos ir; pero sólo por la ejecución, acompañando la voluntad, nos ponemos en camino y llegamos al fin. Nadie puede marchar sin seguir un camino, pero es inútil conocerlo, si no se concentran todas las fuerzas para recorrerlo. Debe, pues, ir primero el conocimiento, y seguir con toda confianza la voluntad; si es indispensable al principio la inteligencia, no es menos necesaria, como coronamiento, la obra; el primer impulso lo da el conocimiento interior; el golpe decisivo el esfuerzo de la voluntad. <sup>(2)</sup>

**6. Lo que hace el corazón.**—Según lo que acabamos de decir, podría imaginarse que, con el saber y el querer, ha recibido el hombre todo lo que le es necesario para cumplir su deber. En efecto, nada esencial le falta, atendiendo á las fuerzas y disposiciones intelectuales que necesita para llegar al fin, si tanto la inteligencia como la voluntad están en su lugar para el cumplimiento de sus obligaciones respectivas. Sin embargo, no nos llena un hombre semejante; quisiéramos hallar en él algo más, algo que no podemos considerar como esencial á la actividad intelectual y moral, pero cuya falta nos duele, cuando no la encontramos en él. Es, como ya lo hemos dicho, el corazón.

Lo que llamamos *corazón*, representa en la vida del hombre papel muy distinto del que representan la inteligencia y la voluntad. Sin el pensamiento y sin la libertad, el hombre no sería hombre. No se puede dar importancia tal al corazón. Ponemos fuera de la ley de la imputabilidad al hombre privado del uso de la razón y de la libertad; y no le aplicamos las leyes ordinarias que aplicamos á los demás. No pensamos lo mismo de aquel á quien creemos in-

(1) S. Lucas, XII, 47.

(2) Lactancio, *Instit.*, 3, 12; 6, 5, 6.



famar, cuando le decimos que *no tiene corazón*. Al contrario, se le aplica con todo rigor la ley de la imputabilidad y del castigo, lo mismo ante los tribunales que en la vida privada. En suma: no es el corazón el que hace al hombre tal hombre, pero lo hace hombre completo, tal cual lo deseamos nosotros:

Sin el corazón, la inteligencia da luz, pero no da calor; sin el corazón, llega á su fin la voluntad, pero como obligada. Cuando me instruye ó me reprende una inteligencia fría, concedo acaso que tenga razón; pero allá en mi interior, me digo: «Si tuvieras un poco más de corazón, podrías tener menos inteligencia, y no extenderte en palabras, como lo haces; estaríamos entonces más á gusto con tu vecindad, y se aceptaría y se ejecutaría con más prontitud lo que dices». Si tengo que someterme á una voluntad dura é imperiosa, no puedo hacer más que respetarla, cuando veo que obra en conformidad con las leyes del deber y de la rectitud, pero no puedo serle dócil; despierta más bien en mí la obstinación y el espíritu de contradicción. El que tiene corazón, pone en sus mandatos la mitad de rigidez, lo hace todo con espontaneidad y dulzura y se le obedece con placer y con prontitud.

En el fondo, sucede á todos lo mismo: donde hay corazón, marchan con más facilidad y con más ligereza la inteligencia y la voluntad.

Entre el hombre que tiene corazón y el que no le tiene, hay la misma proporción que entre el que emprende una marcha en ligero coche, tirado por corceles fogosos, y el que camina penosamente en la misma dirección. Sí, hay diferencia enorme entre aprender con la cabeza y aprender con el corazón; con la cabeza se aprende lentamente, y se olvida pronto; el corazón aprende sin estudiar, y posee una memoria que puede desafiar los estragos del tiempo. Y esto es general. No es lo mismo comprender con la cabeza y comprender con el corazón, como no es la misma la convicción de la inteligencia y la convicción del corazón, como tampoco es la misma la sabiduría de la inteligencia y

la sabiduría del corazón. El que quiere sólo con la voluntad, se cansa pronto; pero el que quiere con el corazón, no se aniquila por ningún esfuerzo, ni se abate por ninguna decepción. Es frío amar con la voluntad; lo único que da calor y deja satisfecho es el amor del corazón.

Se sigue de aquí que nada nuevo hace el corazón que no puedan hacer la inteligencia y la voluntad; pero añade á la actividad de la una y de la otra un algo que le comunica carácter diferente. Sin corazón, el hombre es incoloro, es una lengua que no habla. El corazón da á cada argumento una forma sensible, á cada idea un color encantador, á cada palabra la nota de una música que arrebatara. Cuando aparece el corazón, se presenta caliente lo que era frío, blando lo que era duro, vivo lo que estaba muerto.

**7. Lo que es el corazón.**—Pero ¿qué llamamos corazón? Resulta de lo que acabamos de decir que no es el corazón potencia especial del alma, como la inteligencia y la voluntad; no puede ser una tercera facultad hermana de las otras dos. Su nombre y el conocimiento íntimo que de él tenemos nos atestiguan que no es algo puramente espiritual, como la inteligencia y la voluntad. Ésta actúa sobre el espíritu, y á su vez el espíritu actúa sobre el corazón; pero éste reposa en nuestra naturaleza sensible, y sobre ésta, como lo experimentamos todos los días, produce sus primeros y más aparentes efectos. «¿Por ventura no ardía nuestro corazón dentro de nosotros cuando en el camino nos hablaba y nos explicaba las Escrituras?» <sup>(1)</sup> «Desfallecieron mis ojos de tantas lágrimas; se han conturbado mis entrañas; mi hígado fué derramado por tierra por el quebrantamiento de la hija de mi pueblo». <sup>(2)</sup> Y cuando Matatías vió al cobarde renegado que sacrificaba á los ídolos en Modin, «tuvo pesar, y se estremecieron sus entrañas, y se encendió su saña según el juicio de la ley y saltando sobre él, lo despedazó». <sup>(3)</sup>

(1) S. Lucas, XXIV, 32.

(2) Lamentaciones de Jeremías, II, 11.

(3) I de los Macabeos, II, 24.



No es, pues, el corazón facultad especial é independiente en el alma; los actos que de él proceden, son muy variados. La santa cólera que animaba á Moisés, cuando arrojó las tablas de la ley, la que armó de azotes al Santo de los Santos contra los profanadores del templo, ¿de dónde provenía si no del corazón? Las lágrimas de compasión que derramó el Maestro sobre Jerusalén, nacían también del corazón. Los suspiros de angustia, la tristeza mortal que lo abatieron en el Huerto de Getsemaní, é hicieron salir de sus venas sudor de sangre, son para nosotros testimonio de que tenía tan sensible corazón como no lo ha tenido hombre alguno. El corazón llenaba á Pablo de amor por sus convertidos, de aquel amor que podía compararse sólo con el «amor que tiene una madre para con el hijo á quien da de mamar». <sup>(1)</sup> El corazón á su vez le inspiraba tal entusiasmo y tal celo de la salud de las almas, que el desapiadado Romano, tal como nos lo pintan la historia y el mismo testimonio del Apóstol, <sup>(2)</sup> lo tomaba por loco. <sup>(3)</sup> No es el alma únicamente la que produce todos esos actos de amor, de cólera, de miedo, de tristeza, de entusiasmo y de celo. Tienen su origen en un movimiento puramente natural de la naturaleza sensible; sus principales efectos se producen en el interior de esa misma naturaleza sensible, y de ahí pasan al alma, donde ejercen influencia en la inteligencia y en la voluntad.

Inútil examinar más ampliamente esos fenómenos que se desarrollan en el hombre: los conocemos ya; son los que habitualmente llamamos afectos ó pasiones. El asiento de los afectos es el corazón; de ahí parten; en el corazón ejercen su actividad próxima, y por el corazón pasan á los demás hombres. Por eso, al emplear la palabra *corazón*, ha encontrado el lenguaje la palabra exacta, resumen de todos los movimientos que se producen en el hombre.

#### 8. También la naturaleza sensible debe tomar par-

(1) Tesalonicenses, II, 7.

(2) Romanos, I, 31.

(3) Hechos de los Apóstoles, XXVI, 24.

te en el cumplimiento de su empresa moral.—Comprendemos ya por qué buscamos siempre el corazón en el hombre, y por qué nos quejamos tan amargamente de no encontrarlo, cuando no existe. No lo forma él esencialmente, si lo consideramos desde el punto de vista del espíritu, desde el punto de vista de sus potencias, de donde parte su actividad puramente interior.

Puede ser inteligente y moral el que no tiene corazón, mientras no lo será jamás, si no tiene ni inteligencia ni voluntad; es, pues, evidente que no pertenece el corazón al espíritu como pertenecen la inteligencia y la voluntad; pero sí pertenecen esencialmente á lo que llamamos hombre completo. Por eso nos falta algo, y sentimos inmenso vacío, cuando contemplamos la vida de un hombre del cual nos vemos obligados á decir que *no tiene corazón*. Comprendemos que no hace uso del corazón, ó más bien, que hace cuanto puede para no ponerlo en actividad; pero nos basta con sentirnos extraños á él y él extraño á nosotros. Produce en nosotros la misma impresión que el que quisiera hacerse pasar por de otra materia distinta del cieno de que hemos sido formados nosotros.

Se explica así más ó menos claramente el que tantos espíritus elevados sucumban á la tentación de aspirar á una reputación muy dudosa á nuestros ojos; parece que, según sus orgullosas manifestaciones, quieren pasar por encima de las debilidades cotidianas del corazón humano. Ese secreto orgullo comunicaba á los estoicos el pensamiento de que la perfección del hombre, y especialmente del hombre culto, consiste en esa apatía ó insensibilidad especial y de buen tono, que le hace inaccesible á todo movimiento y á toda manifestación exterior del sentimiento. Compréndese fácilmente esta doctrina de los estoicos, si se examina la condición de tantos hombres que miran como inherente á su estado y á su profesión la necesidad de imponerse por su frialdad, y su exterior severo; de tantos avaros de palabras á quienes nadie puede sacar una sonrisa, una señal de interés, una manifestación de sentimien-



to; en pocas palabras, si se considera la conducta de gran parte de nuestros sabios, de nuestros empleados oficiales, y de nuestros pretendidos grandes señores. Quieren distinguirse así de la gran masa del vulgo que no se ruboriza de manifestar interés por todo, de maravillarse por todo, y de exteriorizar en cualquier parte sus sentimientos sin disfraz alguno.

A este rasgo de inhumanidad que caracteriza á la antigüedad, se opone, como el más vivo contraste, la vida pública de la Edad Media. Parecía ser una necesidad de aquella época, como señal de verdadera cultura, la manifestación del dolor, de la alegría, de la simpatía, sin fingimiento, sin artificio, con toda naturalidad y á los ojos de todo el mundo. Era reverso de la medalla de los tiempos antiguos; es que era la época del dominio del corazón al servicio de la razón y de la voluntad, era la época del hombre completo.

Desgraciadamente, han vuelto nuestros tiempos en esta materia á los de la antigüedad sin corazón y enemiga de la naturaleza. El que quiere hoy hacerse pasar por hombre que ha recibido alguna educación, cree que no hay mejor medio para conseguirlo que aparecer de naturaleza formada por la frialdad y por la falta de corazón. No se comete injusticia viendo en ese rasgo la causa de que encuentre eco el rejuvenecimiento que ha hecho Kant de los principios estoicos, principios con que se forman los hombres á medias, los hombres incompletos. Si vemos cómo durante este período se han formado estos hombres en el pesimismo y en la imitación del budismo, enfermedad de moda hoy, que desprecia á cuantos no se hacen los valientes ante las miserias de la vida; si nos vemos precisados á ser testigos de esa moderna filosofía del dolor que, contrariando la naturaleza, se complace en afirmar que es falso é irracional que haya sido destinado el hombre á un fin y á una felicidad bienaventurada; si oímos que se rechaza por todas partes el don filosófico que da origen en el hombre á un sentimiento humano, según el bien y el mal que ex-

perimenta, es necesario que hayamos comprendido muy mal al hombre para que queramos reconocer en esto otra cosa que el deseo de elevarse sobre la masa general, reconociéndose incapaz de aventajarla en la verdadera perfección humana. De ahí que por todas partes vemos la violencia en la manera de presentarse en público, la falta de naturalidad en los caracteres.

Sea lo que fuere, es indiscutible que los que niegan á los afectos humanos el derecho á la existencia y que los que desdeñan el cuidado del corazón, y que los que desconocen la obligación de poner el corazón en armonía con la voluntad y con la inteligencia, y de someterlo á las leyes de la moralidad, jamás conseguirán hacer hombres completos. Desechan en el hombre una parte que integra el todo y que es de capital importancia para ennoblecerlo; la naturaleza sensible.

El hombre todo entero, con todo lo que posee, debe someterse á la ley moral, y dirigir sus esfuerzos por el camino de la perfección; pero ésta precisamente es función de la parte sensible, lo mismo que de la inteligencia y de la voluntad. <sup>(1)</sup>

Si fuera espíritu el hombre, no tendría corazón, y por consiguiente sería inútil mirar por esa parte de su ser que no existiría; quedaría muy simplificada su tarea; bastaría poner en armonía la inteligencia y la voluntad, y someterse á los mandamientos de Dios. Pero se compone también de una parte sensible que debe estar de acuerdo con la actividad de las facultades de su alma y con la ley divina; es uno de los más difíciles ejercicios de la perfección moral, por ser el más complicado. <sup>(2)</sup> Los que sin cumplimiento ninguno, como los estoicos, pasan por sobre la naturaleza sensible, pueden bien dirigir una mirada de desprecio á nosotros, los cristianos, como si practicásemos una religión cuya falta de perfección consistiera siempre en no salir jamás de las cosas sensibles. Es la acusación favorita

(1) Sto. Tomás, *De malo*, q. 12, a. 1, c.

(2) *Íd.*, *íd.*, 1. 2, q. 24, a. 3, c.